

Textos sobre la relación con el conocimiento académico (1)

Selección y comentarios de José María Rozada Martínez

Seminario “Enseñar, orientar..., y pensar la profesión”

(Enero-marzo, 2020)

Texto 1

MIAJA, Pablo: “La psicología suficiente al maestro”, en *La Escuela Moderna*, n.º 318, marzo 1918, pp. 142-150. Editado como anexo IX en BORQUE Leonardo: Pablo Miaja. *Una escuela para la armonía social*. Impronta, Asturias, 2020 (pp. 160-168)

No puede admitirse como buena la afirmación hecha por un célebre pensador, de que la Psicología necesaria al maestro podría formularse en tan pocas palabras que bien cabría en un papel de fumar. Pero tampoco hemos de caer en el extremo opuesto, creyendo que no podría ejercer el cargo de educador quien no posea a fondo todos los secretos de aquella ciencia.

Tan solo a una inteligencia poderosa y con vasta preparación le es permitido penetrar en las abstrusas teorías y los mil distintos problemas que la Psicología moderna se ha planteado y cuya solución está muy lejos de alcanzar. El maestro no cuenta con aquella preparación, y aunque contara, no dispone del tiempo que el estudio de problemas tales reclama.

Además, solicitado continuamente por infinidad de asuntos de detalle que le distraen y llevan muy lejos de las síntesis y leyes generales propias de la elaboración científica, la actitud del maestro no es la más propicia a la meditación psicológica. Si en la escuela se dedicara, como pretenden algunos, a indagar las leyes del espíritu y a obtener reglas pedagógicas, es seguro que su misión docente quedaría por completo abandonada: el adelanto de los alumnos no constituiría su fin primordial, y la instrucción sufriría grave quebranto. No opinan así los maestros de gabinete, conocedores de oídas de las energías que la escuela consume, y creen que al maestro se le puede encomendar todo lo recomendable; de manera que, después del trabajo cotidiano, no tienen inconveniente en encargarle que fomente el ahorro, que atienda a las cantinas, que cuide del ropero, que asista a las colonias, que desarrolle otra porción de obras de las llamadas circum-escolares, que se imponga en todas las materias del programa y en todos los variados procedimientos, que sea hombre de su tiempo adquiriendo una cultura general, y, por último, que sea psicólogo.

Cada especialista reclama la mayor atención hacia su especialidad, y deja entrever que de los conocimientos que la integran depende el porvenir de la educación y cultura de la infancia; y así, el geógrafo quiere que el maestro y los niños levanten el plano de la escuela, y de la localidad y del municipio, y recorran cielos y tierra, averiguándolo todo, presenciando y comprobando la multitud inmensa de fenómenos que nos ofrecen, sin pensar que solo esto absorbería el curso entero; el historiador, que conozca los hechos hasta llegar a elevarse a las causas que rigen la marcha del progreso humano; el gramático destituiría del cargo al

que no conociera al pormenor toda la arquitectura del idioma; el físico, el matemático, el higienista... Leed, leed, toda la metodología especial y os convenceréis.

Hermoso programa, es cierto. Pero ¿Dónde está el hombre?

¿Dónde el tiempo? ¿Produce la madre naturaleza tantos talentos universales, tantos Leibnitz, tantos Humboldt? Si en vez de dejarnos llevar por la fantasía nos remitiéramos a la reflexión y no olvidásemos las realidades de la vida, quizá no se lanzaran ciertas afirmaciones, desprovistas de toda base, y nos conformaríamos con lo que buenamente puede dar de sí el poder de un hombre. A veces se siente uno tentado a pensar si los que tanto acumulan sobre los hombros del maestro no será para desviar de ellos mismos la parte del trabajo que les correspondería en buena ley; mas invocan el amor al niño, y únicamente los maestros estamos obligados a profesárselo, al parecer, quedando tildados de malos cumplidores de nuestro deber los que no aceptamos gustosos y sonrientes cuanto tengan a bien imponernos. Hay que dar pruebas de la mayor abnegación; no puede objetarse que faltan energías para tanto. Y suele resultar que, desparramada la actividad sobre muchas cuestiones, ninguna se cumple bien.

Volvamos a la Psicología. ¿Será que desconocemos la necesidad que tiene el maestro de un conocimiento siquiera sencillo del espíritu sobre [el] que actúa constantemente? ¿Será que creemos posible dirigir el desenvolvimiento de la mente infantil sin un estudio previo de las fases por que atraviesa durante la edad escolar, de sus fuerzas y de los medios de ponerla en movimiento? No. Se nos alcanza la importancia y el valor altísimo que en la obra educadora tiene todo eso, y también lo imprescindible que resulta su posesión para quien con fruto desee dedicarse a la enseñanza; pero no podemos admitir sin protesta de nuestra parte, el cúmulo de asuntos a él encomendados, ni la pretensión de que el mentor de la niñez convierta su escuela en un laboratorio de Psicología experimental. Conozca la materia en que ha de imprimir los primeros rudimentos de las ciencias; conozca las energías de que dispone esa materia que va a moldear, con el fin de saber hasta qué punto puede solicitarlas y dónde encontrará un límite insuperable puesto por la misma naturaleza; conozca todos los resortes a que debe acudir para lograr sus propósitos, mas sin entrar en detalles tal vez nimios, ni pretender formar por sí la ciencia del espíritu. Quédese esto a cargo de los que pueden dedicarse exclusivamente a esa labor, y denle sus frutos ya sazonados y maduros.

Aunque parezca atrevimiento, nos permitiremos señalar los puntos principales que abarcar debiera el programa de Psicología útil y suficiente al maestro de primeras letras.

----- /// 000 /// -----

Helos aquí:

Introducción.— Somero estudio del sistema nervioso.— La célula nerviosa.— Descripción y estructura del cerebro.— La sustancia gris y la sustancia blanca.— Cámaras ópticas y cuerpo estriado.— Relaciones entre estas partes del cerebro.— Los nervios craneanos.— El cerebelo y la médula espinal.— Idea clara y sencilla de los nervios de la médula espinal.— Explicación fisiológica de la marcha de la sensibilidad y de la motricidad.

En ese punto se darán a conocer los hechos comprobados e indiscutibles, dejando a un lado aquellos que constituyen todavía motivo de investigación y divergencia entre los fisiólogos, tales como el de las localizaciones cerebrales; si las neuronas se hallan en contacto mediante su cilindro-eje con las dendritas de las inmediatas a él, o solo obran entre sí por influencia, transmitiéndose las impresiones a distancia; si la corriente nerviosa es a

manera de un fluido, producto de una descomposición química, que recorre el nervio, o una emisión de vibraciones al través del mismo, etc.

Vendrá luego un capítulo acerca de la fatiga muscular y la fatiga mental, y las íntimas relaciones existentes entre ambas. Sobre este tema deben darse unas sucintas y precisas nociones acompañadas de algunos ejemplos que la propia experiencia pueda comprobar, como la imposibilidad de dedicarse a un trabajo cerebral intenso tras de un largo paseo u otro ejercicio muscular fatigoso, hecho demostrativo de que a la postre todo es gasto nervioso. Agregáranse unas reglas prácticas para evitar la fatiga y reponer las fuerzas perdidas, bien con el recreo moderado, bien con el cambio de ejercicio, y las correspondientes aplicaciones al horario de clases. Todo muy breve, pues no ha de vivir el maestro constantemente preocupado con la fatiga de sus alumnos, ya que estos reponen rápidamente sus energías y él lleva en sí mismo el mejor aparato indicador de la fatiga; no debe llegar al agotamiento, si ha de conservar la frescura intelectual que le permita seguir trabajando con provecho, y por su estado comprenderá el de los niños.

Nada de *estesiómetro* ni *ergógrafo*,¹¹ que si nos llevan a perder mucho tiempo en su descripción y manejo, no hay para qué utilizarlos en la escuela, aunque pudiera adquirirlos. Allá los psicólogos se entiendan con ellos. Cuanto más que estos aparatos nos fueron presentados con gran entusiasmo y como de los resultados infalibles en la medición de la fatiga psíquica por medio de la muscular, y para prueba de tal afirmación se sacaron gráficas que la confirmaban, resultando ahora que no son aceptadas sus conclusiones, y muchos no admiten que midan siquiera la fatiga muscular. ¡Oh imperio de la moda, que hasta la ciencia llegas!

La experiencia del maestro y la observación del niño, quien muestra bien a las claras su cansancio sin que haya lugar a confundirlo con la holgazanería, es el mejor criterio en este asunto, aparte de que en la escuela no se dan casos extremos de fatiga, a menos que se agobie con trabajos para ejecutar en casa.

Pasaremos luego a otro capítulo que comprenderá: Ligerio estudio de la conciencia.— El trabajo subconsciente del espíritu.— Intensidad y duración necesarias a los fenómenos psicológicos para la vida consciente.

En esta breve idea de los fenómenos de conciencia, no ha menester el maestro de dilucidar si la acción nerviosa es la condición fundamental del hecho, siendo la conciencia no más que un accesorio, o, por el contrario, hay en él algo que escapa a nuestra percepción, algo superior a la inteligencia humana, dados los actuales medios de investigación. Que cada escuela defienda su punto de vista; nosotros no tomaremos partido por ninguna, pues no reportará utilidad al aspecto pedagógico con que mira el educador esta cuestión, de por sí muy intrincada.

De las sensaciones y sus concomitantes.— Movimientos que constituyen la reacción en las sensaciones: reflejos y voluntarios.

He aquí un nuevo tema. Claro está que puede dar lugar a largas disquisiciones sobre la exposición de los recursos empleados para provocar la sensación, medir los tiempos de reacción para llegar al movimiento; caracteres de este en cuanto a su velocidad, duración, dirección, amplitud, coordinación, y aparatos para observarlos. Tales pormenores caen fuera del radio de acción de la escuela y del maestro, cuya actividad está solicitada continuamente en otro sentido. Sin embargo, habrá que hacer notar la importancia grande de las sensaciones en el desarrollo psíquico, porque ellas, además de ser el punto de arranque de la vida mental, constituyen el fondo de esta vida, y de ahí la necesidad de multiplicarlas en todos los órdenes y por todos los medios. El ejercicio de los sentidos es la base de todo el ulterior

desenvolvimiento del espíritu.

Debe seguir una detallada explicación de cómo se forman en la mente las representaciones o ideas, producto de la percepción sensible, la que a su vez no es otra cosa que una sensación hecha consciente, es decir, separada de la multitud de sensaciones que nos rodean y asaltan, la cual, por haber adquirido cierta tonalidad, llega a nuestra conciencia.

La teoría herbartiana de la *apercepción* encierra suma importancia para la instrucción. Sus aplicaciones pedagógicas son innumerables: no hay percepción, ejercicio, trabajo de ninguna clase en que no deban tenerse presente las reglas didácticas que de ellas se desprenden; reglas que no es preciso formular porque se deducen fácilmente de la misma teoría. A cualquiera se le ocurre, conocida esta, que al comenzar la lección deben evocarse por medio de hábiles preguntas, en el espíritu infantil, todas las representaciones aperceptivas que en el mismo existan en relación con el ejercicio de que se trate —formadas en la escuela por trabajos anteriores o que se cree existentes en él gracias a esa laboración [sic] casi siempre inconsciente del medio en que ha vivido— buscando insistentemente que las nuevas ideas encuentren sus puntos de apoyo en aquellas y se formen las correspondientes asociaciones, a las cuales deberán su permanencia y utilidad. Las vicisitudes de la palabra *apercepción* y distinta significación en Leibnitz, Kant, Wundt y otros, ya no nos interesan tanto.

El estado de atención.— Atención espontánea.— La sorpresa.— La atención voluntaria.— Del sentimiento del esfuerzo y de las acciones de la inhibición.— La espera o atención expectante. Efectos de la atención.— Móviles de la misma y aplicaciones pedagógicas.— Estados morbosos de la atención.

Hay en este punto gran discusión entre los espiritualistas y los fisiólogos. Mientras los primeros sostienen que la atención es una fuerza interna que voluntaria y libremente dirige las potencias del alma hacia los objetos para conocerlos, otros, con Ribot a la cabeza, afirman que el estado de atención tiene por causa condiciones puramente físicas, y para ellos no es otra cosa que el aspecto subjetivo de esas condiciones; que la atención no actúa más que sobre músculos y por medio de músculos; que su origen y fuerza están en lo exterior, en las impresiones que del mundo recibimos, no siendo la atención voluntaria propia del niño ni del salvaje, sino un producto del Arte, un aparato de perfeccionamiento y un resultado de la civilización.

Son estas y otras cuestiones muy curiosas que cautivan y ejercitan la inteligencia en problemas desinteresados, elevándolos por encima de las pequeñeces del vivir diario; pero su aplicación a la escuela resulta nula. Lo interesante está en conocer los medios de despertar y sostener la atención, cautivándola mediante sugerencias adecuadas, sea cualquiera su naturaleza.

A este propósito no huelga un capítulo sobre el interés en su relación con la enseñanza; su evolución en el niño según las distintas edades, y las debidas aplicaciones a la obra escolar.

Un tiempo hubo en que la memoria tenía muchos enemigos; temían que su desarrollo se consiguiera a expensas del juicio y del raciocinio. Hay que convenir, no obstante, en que es indispensable su cultivo y de una constante utilidad, tanto en los estudios como en la vida corriente. Vuelve en la actualidad a rehabilitarse, y Bergson llega a la afirmación de que la memoria no es una facultad del alma, que es el alma misma, si lo característico de la conciencia es la duración pura y si esta, a su vez, no es otra cosa que la prolongación del pasado en el presente.

Reconocida así la importancia de esta facultad, se impone un detenido examen de sus distintas formas y cualidades; manera de ejercitarla, ventajas prácticas que de ella han de

obtenerse y peligros que deben evitarse, sin olvidar la memoria orgánica y el hábito. También aquí se presentan varias cuestiones que no interesan al maestro.

Igualmente fue combatida por peligrosa la imaginación. Se temía que, desenvuelta de un modo excesivo, reemplazara en sus funciones a los otros poderes mentales, llevándolos a un mundo de quimeras, y que sacara al individuo de la realidad para mecerlo en el ensueño, haciéndolo incapaz de dedicarse a los menesteres cotidianos que imponen el trabajo diario en profesiones u oficios. Hoy es más de temer lo contrario. Recargada la escuela con multitud de materias a estudiar, queda poco o ningún tiempo para cultivar la inventiva del niño, y la imaginación resultaría abandonada si la naturaleza, con su inagotable variedad de formas y colores, no suministrara material suficiente a su cultivo. Estudiará, pues, el maestro las condiciones de desarrollo de la imaginación con el fin de favorecerlas en lo posible dentro de la clase. Por no dar demasiada extensión a estas notas, abreviaremos diciendo que de la misma manera habrá de procederse con el estudio del juicio, del raciocinio y la formación de los conceptos; de la voluntad, el carácter y los sentimientos siempre con miras a la inmediata utilidad práctica en la educación del niño. Con esto y un capítulo acerca de la herencia, así biológica como psicológica, y otro que trate de las características esenciales de la mente infantil en su progresivo desenvolvimiento desde la primera iniciación mediante las sollicitaciones que recibe del exterior hasta que se la considera en plena posesión de todos sus poderes, tendrá el maestro suficiente cultura psicológica sin necesidad de penetrar en los intrincados laberintos propios de esta ciencia.

Las ventajas que en la orientación científica de su espíritu pudiera proporcionarle, contrapesadas quedan por los inconvenientes que venimos señalando: absorción de un tiempo que no dispone; pérdida de la agilidad y frescura mental, tan precisas a la obra educadora, en la que el maestro se ve sollicitado en direcciones opuestas y ha de atenderlas y pasar por ellas cual mariposa de flor en flor para acudir a nuevas sollicitaciones, falta de preparación adecuada, y, muchas veces, carencia de aptitud para semejantes estudios.

A mayor abundamiento, en el trabajo escolar no tiene cabida el rigor científico, ni se enseña nada que merezca este nombre; hechos, muchos hechos que suministren los primeros elementos sobre que se fundamentará más adelante la ciencia. El encadenamiento lógico de esta se halla fuera del alcance intelectual del niño, y por lo mismo no es admisible en la enseñanza primaria. Hemos de añadir que nuestra labor tiene más de artística que de científica. Para ser buen maestro no es preciso penetrar con el escalpelo del análisis y de la crítica en todas las funciones de la mente humana; la ciencia abstracta es re- flexiva y fría, y el educador necesita calor de vida, entusiasmo y arte. La inspiración ha de bajar de vez en cuando sobre su frente para caldear la clase y despertar en los niños los sentimientos del corazón capaces de llevarnos a las acciones nobles y altruistas. ¿No gozasteis nunca el placer de contemplar unos ojos brillantes por la emoción producida al calor de vuestras peroraciones? Y este calor de vida espiritual, ¿no es tan ventajoso como el más elevado conocimiento positivo? ¿No se enfriaría mucho ese entusiasmo, cualidad del artista, con una preparación científica rigurosa? Arte y ciencia son muy raras en el mismo espíritu.

Si a pesar de lo dicho se persiste en la idea de que el maestro haga psicología experimental, esperemos siquiera al año 3000. Entonces estará especializado en un reducido número de asignaturas; tendrá a su cargo una veintena de niños cuidadosamente seleccionados para que entre ellos exista la menor diferencia posible en sus facultades intelectuales, cultura y edad; trabajará tan solo tres horas diarias, dejándole el resto para preparar las lecciones y toda clase ejercicios; contará con un hermoso local rodeado de árboles y flores que envíen sus perfumes, y los pájaros sus trinos a los grandes ventanales

del edificio para envolverlo en dulce poesía; dispondrá de un completo surtido de material para todas las enseñanzas y de toda clase de aparatos para multitud de experiencias que allí se llevarán a cabo; habrá en el campo escolar variedad de animales domésticos al cuidado de los niños y que habrán de utilizarse en las lecciones; no faltará nada de cuanto pueda contribuir a ilustrar las explicaciones y a hacerlas interesantes; se verá auxiliado por los demás centros docentes, que le facilitarán toda suerte de preparaciones científicas, y, en fin, disfrutará de una remuneración que le libre de preocupaciones económicas y le permita no restar un momento a la obra de la escuela para buscarse nuevos ingresos con que cubrir las más perentorias necesidades; entonces, y solo entonces, será llegada la hora que todos anhelamos, la hora en que de guardador de niños pasará el maestro al papel de verdadero educador; dominará la ciencia psicológica, y con su ayuda conseguirá dar plenitud de vida a cuantos gérmenes laten con fuerza y pugnan por encontrar salida en el alma infantil.

P. MIAJA

¹¹ *Estesiómetro*. Instrumento en forma de compás o calibre deslizante para determinar la distancia mínima a que deben estar las dos puntas para que no parezcan una sola por sensibilidad táctil midiendo de este modo el umbral de distancia. DORSCH, F. et al. (1994): *Diccionario de Psicología*, Barcelona, Herder, 1994, p. 287.

«*Ergógrafo*. Aparato registrador cuyo fin es suministrar una marca objetiva y durable del fenómeno de la fatiga muscular. Fue inventado por Morso». *Vocabulario Pedagógico*, Instituto Samper, Madrid, 1933, p. 10. Domingo Barnés afirmaba en 1932 que el fundamento de este aparato no era exacto (Barnés, D.: *La Paidología*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932, p. 251).

«*Ergógrafo*. Aparato de diversas clases que sirve para la medición continuada de la fuerza muscular. Tirando de un cordón, se levanta repetidamente y rítmicamente un peso o se hace girar la aguja de un resorte. Se registra el rendimiento del trabajo. La construcción de los aparatos remonta a Mosso. Se emplea en las investigaciones sobre la fatiga (...)». DORSCH, F. et al. (1994): *Diccionario... op. cit.* p. 264.

COMENTARIO

Me gusta pensar que si D. Pablo viviera estaría en nuestro seminario, porque él, además de enseñar, también pensaba mucho la profesión. Y escribía acerca de ella, tal como entre nosotros comentamos que se ha de hacer.

Hace justamente ciento dos años publicó este texto esbozando un programa de psicología para la formación de los maestros. Cuando lo leí en el libro de Leonardo Borque recién editado por Impronta (Asturias, 2020) con el título *Pablo Miaja. Una escuela para la armonía social*, me pareció muy adecuado para la sesión del seminario que tendrá lugar el 26 de marzo, en la que vamos a hablar de cómo es más procedente plantearse nuestras relaciones con el conocimiento académico. Eso, el reconocimiento que esta persona merece y el honor que para nosotros supone tenerlo (a sus 144 años, que tendría ahora) en nuestro seminario, me lleva a invitaros a romper esa barrera que es el tiempo, para tomar en consideración, no tanto su propuesta concreta de programa de “La psicología suficiente para el maestro”, que no es eso lo que está ahora en discusión entre nosotros, sino las consideraciones previas que hace, en

las que plantea cuestiones que nosotros también nos planteamos; a saber; las relaciones entre teoría y práctica.

Dice D. Pablo que **ni tan poca teoría que quepa en un papel de fumar ni tanta que se le exija a quien se emplea en la práctica un dominio a fondo de los secretos de la primera.** Y en eso estamos nosotros, tratando de darle una respuesta al asunto desde nuestras particulares biografías.

He incluido el texto completo por si alguien sentía curiosidad por leerlo íntegro, pero lo que propongo considerar en nuestra sesión del seminario es solamente lo que dice en la primera parte. Por esta razón he partido en original donde comienza el esbozo del programa que D, Pablo propone.

Espero que entre el papel de fumar y el dominio de los secretos de la ciencia avancemos algunas respuestas. En un texto que enviaré más adelante ofreceré la mía.

Tiene gran interés considerar cómo es que tantos años después sigamos discutiendo lo mismo. Y me atrevería a decir que ojalá siga siendo objeto de discusión por muchos años más, porque eso evidenciará que no han triunfado ni el tecnicismo ni la burocracia ni los intentos de eliminar del debate democrático los asuntos social, cultural y políticamente controvertidos.